

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 6 DE DICIEMBRE DE 1840.

VICTOR HUGO

y su escuela literaria.

(Conclusión.)

La mas célebre de las obras de Victor Hugo, asi por su mérito, como por su concepcion original es *Nuestra Señora de Paris*, pintura amarga y, á vuelta de algunas inexactitudes históricas, verdadera de unos tiempos que desgraciadamente no calumnia; libro singular en que un edificio es realmente el protagonista; y que semejante á este edificio cuyo nombre toma y cuyas gigantescas formas anima, se presenta imponente y sencillo en su conjunto, y prolijo y variado en sus adornos, obra méaos del arte que del capricho en que todos los géneros se confunden, mole aérea y sombría que pesa sobre el alma y á un tiempo la sublima, en cuyos cuadros y relieves enigmas terribles se adivinan, cuyas figuras y personajes deformes en su mayor parte y mutilados, como las estatuas de aquel templo, no repugnan á la vista en su deformidad sino que la atraen y fascinan con encanto misterioso. La virtud, ó mas bien la debilidad y candor, es allí presa del fuerte; pero la perversidad, ó mejor, las pasiones llevan en sí mismas una terrible espacion; porque ¿quién quisiera ser Claudio Frolo? A veces el corazon aterrado con el rugido de las pasiones,

y con toda la miseria de la humanidad, y con toda la pompa de los suplicios, reposa en emociones harto puras y deliciosas, y encuentra lágrimas de ternura que derramar. ¡Qué candoroso es aquel amor á Febo de la Esmeralda! qué heroico el de Cuasimodo á la Gitana! Ignoramos si *Nuestra Señora de Paris*, será un libro que no se lea de aqui á veinte años, como afirma un célebre literato, el único quizás á quien se podia perdonar lo aventurado de la profecia; pero creemos que el que lo lea una vez con algo de ardor en el alma, y de poesía en la imaginacion, no borrará de ella mientras viva aquellos caracteres de fuego.

¿Y quién olvidará el *Ultimo dia de un reo de muerte*, monólogo admirable de un hombre solo y de una sola idea; en el que se ven los síntomas de la agonía del alma, con mas certidumbre que los vé el médico en el rostro del moribundo; páginas terribles por las cuales una y otra vez giran los ojos, como la mariposa al rededor del fuego, por mas que sepan que han de dejar en el corazon largo peso de dolor y de amargura? Gran fondo de sensibilidad y compasion hácia la humanidad doliente, largas vigiliadas pasadas en la consideracion de sus miserias, arguye en su escritor esta obra, á la cual no dudáramos atribuir grandes efectos morales, si fuésemos fáciles en concederlos á las obras de imaginacion.

Pero no es estraño que tales frutos produjera en la época de su vigor y lozanía quien á los 16 años se habia anunciado con su Bug Jar-

gal, (*) y á los 18 con Han de Islandia, quien en la edad en que apenas se conoce á las personas y los campos que nos rodean, habia sabido respirar así el aire abrasado de las Antillas como el helado de la Noruega, estudiar en alas de su imaginacion los hombres y la naturaleza de ambos climas y crear en sus dos protagonistas dos caracteres grandes y bellos en su exageracion el uno de generosidad, el otro de deformidad y de horror. La trama en Bug Jargal es sencilla, unida, regular en sus dimensiones y bellezas, y toda, por decirlo así, de un color; en Han de Islandia es ya mas vasta, rica, variadísima, y causa admiracion como una mano tan joven pudiese reunir y manejar todos sus hilos; y combinar tan acertadamente sus colores. Mas en todas se vé al niño que aprende á andar por un nuevo camino que él mismo se ha abierto, siempre se halla á Victor Hugo con su naturaleza viviente y animada, con su colorido oriental, con sus contrastes de grotesco y de terrible, y con su profundidad y engrandecimiento de caracteres y pasiones. Al fin de la traduccion española de Bug Jargal encontramos una nota singular, en que sin duda para neutralizar el efecto de algunos sarcasmos del autor contra la revolucion, se anuncia que el joven *realista* se ha transformado en republicano. Ignoramos si la gran conmocion de 1850 que ha causado vértigo á tantos talentos y hecho naufragar tantas creencias habrá arrebatado tambien á Victor Hugo; pero creemos que hay en aquella noticia no poca exageracion, y que no fuera por la primera vez que la revolucion se ha proclamado madre de hijos que no engendró, y cubierto con grandes nombres que no le pertenecen.

Y ciertamente que el que avezado á mirar en nuestro autor el gefe de la anarquía, ateismo ó inmoralidad, que corroe la literatura actual, abriera sus obras líricas, soliloquios del alma y explosiones del corazon en que mejor que en otra produccion cualquiera puede estudiarse el carácter de un escritor, enmudeciera pasmado al

(*) Bug Jargal fué escrito en 18 dias. Esto no es en sí una alabanza, pero lo es y grande para los que han visto la obra.

no ver en ellas sino cantos á los monarcas y á los Borbones que acompañan todas las lágrimas ó glorias de la real familia, proféticos anatemas á la revolucion y apoteosis de sus víctimas, humildes y cristianas adoraciones, recuerdos tiernos é infantiles, escenas de doméstica felicidad. Nada de exageracion en sus quejas, nada de amargura en su tristeza sostenida por la resignacion. Confesaremos sin embargo que en la poesia del alma y del corazon á pesar de sus grandiosas imágenes y tiernos sentimientos, ha quedado inferior á Lamartine; y que la principal gloria de Victor Hugo debe buscarse en sus Baladas y Orientales, en que su imaginacion como una águila gigantesca tendida sobre el Oriente una de sus inmensas alas y otra sobre el Occidente, vive á la vez de la vida del árabe y de la del caballero de los siglos medios. No sabemos si jamas se han admirado reunidas imágenes tan graciosas y aéreas, ó sombrías y aterradoras como en sus Orientales; si se ha interrogado mejor á la época y á la naturaleza, y si ningun labio europeo ha adivinado de tal modo el acento de la poesia de los místicos sacerdotes del Asia, del árabe errante con su tienda, ó del poeta favorito de los califas, paseándonos por el Oriente desde que la nube vengadora vomitó su fuego sobre Sodoma y Gomorra, hasta la última terrible lucha de los griegos con sus tiranos, que participa á un tiempo de la desesperacion de Espártaco y del heroismo de Milciades.

Menor alabanza, aunque fama no menor, obtiene como dramático, porque la exageracion de los caracteres, y la inverosimilitud de la trama aparecen en las tablas mas visibles y chocantes; aunque en nuestro concepto por lo general está léjos de merecer las amargas acusaciones que bajo otro aspecto se le dirijen. Solo dos vicios consideramos peligrosos sobre el teatro, la lubricidad y la irreligion; porque el pudor, y la piedad son hermanos, y basta á veces una palabra para empañar su pureza y esplendor. Acerca de lo primero sobrado libre ha andado nuestro autor en algunas escenas, y en esto no le escusamos; en lo segundo, si no

brilla la religion como alma de sus invenciones, tampoco corre en ellas el riesgo de verse ofendida, ó profanada. Por lo demas, sáquese á luz enhorabuena la ambicion, la venganza, el parricidio con toda su ferocidad y sangre fria, multiplíquense los horrores y los puñales á cada escena, corra la sangre hasta los espectadores: el drama podrá ser muy malo literariamente hablando, pero no moralmente; merecerá silvidos; pero no abominacion. Y mucho ménos que un fin inmoral atribuyéramos un fin antimonárquico á los dramas de Victor Hugo, porque en él aparezcan algunos príncipes manchados de sangre, ó encenagados en vergonzosos placeres. Tiempo atrás Shakespeare habia ya concebido su Ricardo III, y su Atreo Crebillon; y desde la infancia del teatro el papel de *tirano* llegó á hacerse proverbial. Además aquellos hechos, personajes y costumbres tan apartadas de las nuestras, no pueden escitar mas que recuerdos de un siglo ya difunto, ni ejercer en los ánimos el poder terrible de los dramas políticos de la última mitad del siglo XVIII en que solemnemente y en abstracto se vertian aquellos axiomas disolventes, aquellas declamaciones tribunicias, que recogia con entusiasmo un auditorio medio corrompido. Y si estas reflexiones no se toman en consideracion ¿quién acusará á Victor Hugo de haber hecho de nuestro Carlos I un mozo atolondrado en los primeros actos del *Hernani*, y de Francisco I un seductor en *El Rey se divierte*, que vea y aplauda á los reyes de Calderon y de Lope de Vega ir escalando de noche los balcones, y penetrar aun en las alcobas nupciales?

Creemos haber sido bastante explícitos hasta ahora para que nadie injustamente nos suponga defensores de este cúmulo de absurdos morales y literarios, que no sabemos porqué ha de llamarse *romanticismo*; ni aun ciegos sectarios del autor que, sin saber tampoco porqué, es llamado su gefe, y de quien hasta aquí nos hemos ocupado; pero quisiéramos que se le juzgase, no vaga y declamatoriamente, sino con respeto é imparcialidad; segun el espíritu, las bellezas y los defectos de sus obras, como

se juzga á Byron y á Goethe, al lado de cuyas cenizas aguarda un lugar á las de Victor Hugo: quisiéramos que, dejando la crítica de ser hipócrita, no asquearan tanto los horribles dramas del autor frances, los que aplaudian el *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, y se éstasiaban ante el *Rey monje* ó ante *Carlos II el hechizado*: quisiéramos que guardaran nuestros literatos, sino mayor veneracion, mayor gratitud al ménos con aquel que abrió en su corazon tantas fuentes de poesía, á quien deben tantos castillos almenados, tantas góticas catedrales, tantas pálidas y aereas hermosuras, y cuyo yugo sin querer y quizá sin saberlo pesa todavía sobre su imaginacion. Sin embargo en esta reaccion, aunque laudable en su origen, injusta y apasionada en sus extremos, nosotros descubriéramos un bien todavía, si nuestra literatura, sustrayéndose á favor de ella á todo influjo tiránico que la dominara, quisiera ser de una vez espontánea; si hubieran desaparecido esos vulgares poetas que siempre se cobijan á la sombra de un gran nombre; y si enmudeciera el coro de imitadores, para que nuestros jóvenes pudieran seguir los vuelos de su propio genio, y escuchar en el silencio las inspiraciones de su corazon. Pero en los elogios desmesurados que á nuestros cómicos antiguos y á Calderon en especial se prodigan, y en las formas y asuntos prestados de sus obras que nuevamente prevalecen, se descubre la pretension de sustituir á la llamada escuela de Victor Hugo otra escuela, que no por española es ménos agena de nuestras costumbres y pasiones, ni circunscribe ménos el círculo abierto á la imaginacion. Y cuando vemos que no se destrona un ídolo sin que otro se levante sobre sus ruinas, que los poetas no abandonan un camino sin abalanzarse á otro de tropel como rebaño; que á las grandes pasiones, á los envenenamientos, á las mugeres angélicas y á las meditaciones sepulcrales, van á suceder los grandes enredos, los duelos nocturnos, las damas tapadas y los conceptos sutiles; nos saltan á la memoria, y de allí á la lengua aquellas palabras del moro Farax en el *Aben Humeya*, Ya buskais otro yugo! *Encore un maitre!*

Quando llegue á la posteridad, (porque llegará sin duda) el nombre de Victor Hugo; se dudará que en cinco años haya sido sucesivamente reputado como Mesías regenerador del mundo y de la poesía, y como Anticristo de la literatura, aparecido en dias de sangre y de decadencia para anunciarle su ruina; se burlarán de tan ridícula apoteosis, y de declamacion tan furibunda; y no se comprenderá esta especie de maniqueismo literario del dia, segun el que se atribuye al poeta frances cuanto hay de malo y deforme, y cuanto de bueno y perfecto existe se hace proceder de Calderon. La posteridad á quien pasarán las obras de entrambos, y cuyo juicio afortunadamente por este motivo no podrá prevenirse, juzgándolas por sus defectos y bellezas dirá; que Victor Hugo fué de una imaginacion vivísima y que á veces por exaltada puede parecer delirante; de harta tendencia á lo tétrico y horrible, aunque no escéptico ni sardónico en su melancolía; en la animacion de los seres insensibles, y relaciones del hombre con la naturaleza, sin par ni semejante; gran conocedor del corazon humano, especialmente en las grandes luchas y grandes afectos; en las situaciones mas feliz que en la invencion de caracteres, ó en la disposicion y trama de la accion; en los sentimientos casi siempre asombrosamente natural, en la expresion de ellos inimitable: y de Calderon dirá, que fué de invencion brillante y rica, uniforme en la accion y personajes, pero variadísima en los incidentes; representante cual ninguno de las pasiones y costumbres de su siglo, aunque poco cuidadoso y exacto en la pintura de los demas; solícito mas bien en traer suspensa la imaginacion con maravillosos enredos y complicaciones, que en conmover el corazon con el lenguaje de los afectos; descolorido y monótono generalmente en los caracteres, mas por negligencia que por falta de habilidad; en sus pensamientos agudo y original, algunas veces filosófico, y raras tierno ó sublime; en la expresion harto amenudo hinchado y conceptista. Entónces ni Calderon ocupará el altar á que ha subido desde el polvo en que los preceptistas le

sepultaron; ni Victor Hugo yacerá en el polvo en que cayó desde aquel altar con mas rápida vicisitud; sino que entrambos ocuparán su lugar entre los genios de cada siglo; y sus idólatras y detractores no ocuparán ninguno; porque no tendrán nombre en la posteridad.

J. M. Q.

DE CUATRO Á SIETE

De la tarde.

Soy el hombre mas variable del mundo, y lo he de publicar á riesgo de que mis bellas lectoras esclamen con significativo gesto:—Ola! ¿con qué es V. variable? vaya, me alegro! Bueno es saberlo.—Y otras frases inocentes por ese estilo, y que de puro manoseadas han llegado á perder la poca malicia que les daba cierta sonrisa coquetona y cierto mirar lánguido, con otras mil monerías tan naturales al bello sexo, y que tanto imperio ejercen en la pobre y frágil persona de Simon. ¿Y qué le haré yo, hermosas mias? ¿Me rebelaré contra la naturaleza, porque me dió un genio voluble y un carácter mariposa? ¿La acusaré de haberme negado esa monotonía, que es causa de que no viva mas que un dia el que vive sesenta años? Nó: yo le doy las gracias al contrario de haber puesto en mí esa necesidad de variar, ese deseo de cosas nuevas y ese afan de impresiones diferentes, porque así se vive, así se aprecia el placer y la felicidad, y porque siempre he tenido por máxima que las sensaciones son las que forman la vida del hombre. Pero si tantas razones no bastarán para persuadiros, niñas mias, añadiré otra y tal vez os parezca mas convincente. Os amo, bellas criaturas; soy un apasionado vuestro, y como tal he de ser voluble necesariamente. Lo primero, porque siendo tan generales los encantos en vosotras,

mal puede el pobre Simón admirar á una sola; y lo segundo, porque es tal el imperio que ejercéis sobre mí, que, no hay remedio, me arrastrais á pesar mio y triunfais de mis inclinaciones, obligándome quiera ó no quiera á imitaros en todo y por todo.

Sentado esto y absuelto, según creo, de mi volubilidad en fuerza de tales alegatos, necesario se hace sin embargo confesar que no es tan feliz como al principio parece un carácter así. Suele acompañarle una gran dosis de impaciencia, y esta impaciencia es como si dijéramos el mal aliento en una hermosa, ó la poca salud en un rico, ó la falta de memoria en un estudioso. Es en una palabra el contrapeso que el supremo Hacedor puso en todas las cosas de este mundo, y cuya experiencia nos demostraria si por principios no lo supiéramos ya, que nada existe ni puede existir completo sobre la tierra.

Esta impaciencia pues, que en grado heroico posee mi individuo, y cuyos efectos no son fáciles de atajar porque estamos en Palma, que es la ciudad de los anti-recursos; esta impaciencia, digo, se habia apoderado de mí tenazmente en una de esas últimas tardes, y para contentarla, ya que no era posible vencerla, traté en cuanto me lo permitian los pocos medios que estaban en mi mano, de mudar de objetos de conversacion y de personas. Me habia bamboleado por la tarde, quiero decir que habia ido á pasear al muelle, y este bamboleo, que protesto con la mayor formalidad haber sido contra todo mi gusto, me hizo reflexionar seriamente acerca de lo útil que fuera en Palma una escuela de gimnástica, escuela que pudiera dotarse con lo que se destina para recomposicion de empedrados. En el muelle nada que me llamase la atencion. Hombres-metálicos y caras-guarismos. Sin embargo, alguna que otra hermosa, que á fuerza de instancias habia podido conseguir de su madre que la acompañara á paseo, cruzaba por entre aquellos grupos positivos, y su presencia recreaba la vista ya que no el oído, condenado á escuchar sempiternamente los precios del jabon, cueros, aceite, aguardiente &c. &c. Entre estas hermosas acer-

té á descubrir una que yo conozco, y que para mí es hermosa sobre las hermosas. Acerquémeme á ella, paseamos juntos, y despues de haberla preguntado si iba al teatro aquella noche, y en que altura se hallaban sus amores, cosa que ella negó tener á pesar de estar próxima á casarse, nos detuvimos en el vapor *El Mallorquin*, el cual se estaba muy tranquilo en el puerto, porque ocho dias ántes habia soplado el viento un poco fuerte. Mi hermosa amiga, que mandaba un sombrero á Barcelona para que se lo arreglasen, preguntó cuándo era la salida, y habiéndosele contestado que al dia siguiente si el tiempo lo permitia, seguimos nuestro paseo y llegamos al Borne, donde mi amable compañera y su madre se despidieron de mí, diciendo que iban á hacer una visita.

El Borne al anocheecer es cuando se presenta mas animado, y sin embargo, veinte embozados (en capotes, no en capas), media docena de hermosas, y dos ó tres niñas con sombreros, ó por mejor decir, dos ó tres sombreros con niñas, forman el total de aquella reunion. Las conversaciones de los hombres giran regularmente sobre política ó sobre mugeres; yo prefiero girar sobre lo último. Por lo demas el Borne maldita la diversion que ofrece. El airecillo que sopla á menudo bastante fresco, le pone á V. unas narices color de berengena, y no pocas veces una chiquilla sucia y andrajosa le persigue con la agradable cantinela de «Un cuartito por amor de Dios!» y si por desgracia no lleva V. suelto, seguro está que abandone su pretension en dos ó tres vueltas. Si fuma V. tiene que pararse cien veces á la consabida frase de «Me hace V. el favor?», y tiene V. que dar su cigarro, y lo que es mas contestar «Con mucho gusto,» aunque rabie interiormente. Y no sirve que ponga V. cara de vinagre al prestar su cigarro. Disparate! El otro encenderá tranquilamente el suyo, y tal vez se lo apagará haciendo como que no repara en el mal humor de V., y luego se alejará con la mayor frescura, y acaso crea que no hizo V. mas que cumplir con un deber. Pero todas estas contrariedades son nada en comparacion de

la que le espera si tropieza con alguno de esos hombres pegajosos, que siempre hablan riendo y cuyas frases llevan todas interrogantes. Para estos ya no hay aguante. Es preciso contestar, y dichoso el que puede hacerlo con monosílabos. Uno de esos fastidiosos, que se dice mi amigo, sin duda por ironía, y á quién llamo yo enemigo con toda mi alma, me tocó en la tarde de que estoy hablando.—Simon, Simon...—Adios, contestéle redoblando el paso, y con mas miedo que el labrador al ver acercarse el granizo.—Hombre, espera un poco.—Y al mismo tiempo sentí su brazo enlazarse con el mio. Arrojé un profundo suspiro, y bajé tristemente la cabeza en señal de resignacion.—Hace frio ¿te parece?—Sí.—¿No tienes frio tú?—Sí.—Yo soy un mártir del frio ¿y tú?—Oh! sí, yo tambien soy mártir!—¿Vas al teatro esta noche?—No sé.—¿Y qué poca gente va!—Oh!—Los coros son muy malos ¿no es verdad?—Mucho.—¿Quién te ha hecho esta levita?—Un sastre.—Ya, pero.....—Adios, interrumpíle sin poder aguantar mas.—Te vas? á donde?—Al café.—Si no hay nadie! Mira, yo vengo de allí ahora y no he visto mas que á dos ó tres conocidos que están botezando, y luego aquel capitán viejo retirado que siempre lee el Diario, ¿sabes quién digo?—Nó.—Aquel...—Ya!—Tú le conoces.—No me acuerdo.—Sí, hombre; precisamente le has de conocer.—Puede.—Le conoces: estoy cierto. Uno que tiene los cabellos blancos.—Pues bien; le conozco.—Creo que es capitán: no podria asegurarlo. ¿Es capitán ó comandante?—Qué sé yo?—En fin, sea lo que fuere, allí queda leyendo el Diario.... Ah! Se me olvidaba. Tambien hay dos franceses que están tomando café. Tomar café á estas horas! ¿no es verdad que es un disparate? añadió con risa bestial. Y esto diciendo se colgaba de mi brazo á riesgo de dislocármelo, y echando el cuerpo adelante, juntaba casi con mi rostro su insulsa fisonomía. Y no eran estas las únicas gracias del herege. En vez de pasear en línea recta, torcia continuamente á una y otra parte, haciendo mas curvas que preguntas, y como si de esta manera quisiese alargar mas ymas el

trecho y por consiguiente mi martirio. Por fin al llegar al extremo del paseo me despedí resueltamente de él, pero el hediondo cogiéndome del brazo—Calla.... espera,—me dijo. Al mismo tiempo salian unas señoras del Borne. Mi impertinente mirólas; sonrióse con una de ellas, y luego dirigiéndose á mí;—Ahora ya te puedo acompañar, dijo: y no hubo remedio, me acompañó.

Llegamos por fin al Liceo, donde pude deshacerme de él. Entré en el gabinete de lectura; pero no bien habia tomado un periódico, cuando tuve que dejarlo y salir de allí, aturcido por una disputa que se habia armado sobre fechas. Sentéme en una silla de la pieza del villar, procurando distraer mi aburrimiento y mal humor; cuando un oficioso amigo se llegó á mí brindándome para una partida de tresillo.—No puedo.—Sí, hombre.—Tengo mala suerte.—Hoy ganarás.—Pero...—Vamos, ámate.—Veo que no hay mas remedio, y me pongo á jugar. Al cabo de una hora me han dado cinco codillos, sin contar las innumerables puestas con que he cargado el platillo; y lo que es mas, he tenido que dar cuenta de mis jugadas á una docena de mirones que me rodean, y á cuyo fastidio sirvo yo en aquel momento de distraccion.—¿Por qué no ha arrastrado V.?—¿Qué habia de arrastrar, hombre!—Si V. arrastra saca el juego.—¿Si apenas tengo triunfos!—Arrastre V. siempre.—De todos modos era juego perdido, contesta otro como para consolarme.—No importa; debia arrastrar.—A ti, maldito; murmuro por lo bajo, y sigo jugando y sigo perdiendo. Por fin, mi suerte parece haber variado. Se me presenta un juego en palo corto de seis triunfos de cuatro estuques, y por falsas, rey, caballo, y punto de copas: *aindamais* soy mano. He destriunfado á mis compañeros, pensativos al verme continuar despues de la quinta baza. Juego el rey de copas; bien. El caballo; perfectamente. El punto....—¿Se la cortamos!—esclama con orgullo y satisfaccion el que hacia la contra, y presenta la sota.—Caramba! Es mucha desgracia! prorumpen á un mismo tiempo los mirones.—Parece impo-

sible! — Una bola tan hermosa! — Yo la tiraré siempre.— Y yo.— Y yo también.— Y quién no la ha de tirar! — Vamos, hoy no está V. para jugar, Simon. —

Mientras mis amigos me compadecen de esta suerte, yo me he levantado y despues de pagar mis pérdidas que ascienden á 17 duros, salgo de allí dejándoles que hablen por espacio de una hora todavía de la bola desgraciada, y que la cuenten á todos los que vayan llegando. Al atravesar la sala del villar pregunto que hora es, y en el mismo instante, veinte relojes consultados ya veinte veces cada uno durante aquella noche por sus respectivos veinte dueños, veinte veces fastidiados, satisfacen mi curiosidad. Son las seis y media, y la ópera no empieza hasta las siete. ¿Qué hacer en esa media hora? Calle! Iré á casa de Doña Eudoxia que vive ahí cerca: aunque su conversacion ofrece pocos recursos, media hora se pasa muy pronto. Dicho y hecho. Llego á casa de Doña Eudoxia situada junto á Sta. Cruz, despues de haber tropezado con un chiquillo que pasa cantando por mi lado con una aceitera en la mano, y con alguno que otro embozado detenido enfrente de alguna escalerilla. Llego como he dicho, y entrando en una pieza que alumbra, mas que la luz el pávilo de un velon, hago el saludo de costumbre. Un «Adios» en tiple, y un «Servidor de V.» en bajo llegan á mis oidos. Dirijo la vista al punto de dónde han salido las voces, y distingo un bulto que al principio no sé lo que es, pero que despues reconozco por Rosita la hija mayor de la casa, y Felipe su novio verosimil. Ambos están sentados uno junto al otro y ambos se aman entrañablemente, tanto que parecen (ó á lo ménos entónces parecian) no formar mas que uno. — ¿Y mamá, Rosa? — Ahora va á salir; se viste para ir al teatro. Luisita, añadió dirijiéndose á su hermana de nueve años, que sentada á la mesa en que lloraba el infeliz velon jugaba con una amiguita suya á la brisca. — Luisita, ve á decir á mamá que Simon está aquí. — No quiero; contestó la niña atenta únicamente á su juego. — Cómo que no quieres! Qué significa ese modo de contes-

tar, mocosuela? — Déjala, Rosa, interrumpí yo al ver comprometida su autoridad por el ningun caso que de ella hacía la chiquilla. Déjala: me parece que no estoy en el caso de que haga cumplidos conmigo. — Como quieras. Siéntate pues, ó por mejor decir, abre el piano y toca aquel vals que á mí me gusta tanto. — Conocí al punto que el hacerme tocar no era para oír el vals, sino la conversacion interrumpida de su compañero, y como soy tan dócil la complací al momento dando principio al vals, y tocando otro en seguida y luego otro, y otro, y asi sucesivamente. En los cortos intermedios que mediaban de una pieza á otra, solia ella exclamar. — Es muy bonito eso! — Y yo animado seguia de nuevo tocando lleno de ardor, y seguia ella tambien si no tocando, hablando cuando ménos. Pero este papel, (para el cual confieso no tener vocacion) comenzaba ya á cansarme. Levantéme é iba á despedirme, cuando salió de pronto Doña Eudoxia ya en disposicion de ir al teatro. Saludéla, saludóme; dióme quejas de mis largas ausencias; disculpéme lo mejor que pude, y cogiéndose de mi brazo y Rosita del de Felipe nos dirijimos á la ópera. Durante el camino me habló de lo malos que estaban los tiempos, de su hija á quien pensaba casar muy pronto, y concluyó quejándose de ser vieja. Conocí al punto que me habia dicho esto último paraque lo impugnase, y efectivamente así lo hice á pesar de mi conciencia, recordándole que su hija Luisa solo tenia nueve años. Este argumento que fué de su agrado, mereció el que me mirase sonriendo y se apoyase con alguna fuerza en mi brazo, hasta el punto de hacerme casi arrepentir de mi amabilidad. Hice como que no reparaba en nada, y de esta suerte llegamos al teatro. Conforme nos habiamos ido acercando á él, habia reparado que Felipe y su pareja que en un principio iban bastante lejos, se nos habian acercado insensiblemente, de modo que al llegar estaba ya en línea horizontal con nosotros. Pregunté á mi respetable compañera si tenian tarjetas, y habiéndome contestado negativamente, me dirijí á la ventanilla para tomarlas. — Deje V.; aquí llevo

suelto, dijo Felipe acercándose tambien, pero yo las habia tomado ya, y al volverme para darle la suya, reparé que aun tenia la mano en la faldriquera, haciendo como que iba á sacar el bolsillo. Soureíme, y entónces comprendí porque habia retardado el paso. Presenté las tarjetas, entramos en el teatro y.... Pero son las siete, y mi artículo solo abarca *de cuatro á siete de la tarde*.

SIMON.

POBRE CIEGUECITO!!

Traducción del inglés GOBBLEY.

Oh! decidme qué es esto
Que luz el hombre llama,
Y en los ojos derrama
Un placer exquisito;
Decidlo al ciegucecito
Que nunca le gozó.

Decisme que estais viendo,
Estraña maravilla!
Decisme que el sol brilla,
Yo su calor sentia;
Mas como forma al dia
No lo concibo yo.

Mis dias y mis noches
Los hago á mi alvedrío
Segun si duermo ó rio:
Y si nunca durmiera
De dia siempre fuera
Para el que luz no vé.

Oigo que de mi suerte
Con profundos gemidos,
Os mostrais con dolidos;
Mas yo sufro paciente
La falta de un presente
Cuyo valor no sé.

Ah! de mi fantasía
No turbeis la alegría
Que no es ley;
Pues aunque pobre y ciego
Mientras que canto y juego
Soy un Rey.

T. A.

Hemos oido la *Estrangera*, y apuraditos nos vemos para escribir algo sobre ella, puesto que nada de particular ha ofrecido su representacion. Ya sea que los actores no supiesen bien su papel, ya sea que no acertasen á comprenderlo, ó bien que dicho papel no estuviese acomodado á sus voces, la *Estrangera* fué oida con frialdad; y aquel canto tan bello y lleno de sentimiento, aquel canto que revela toda el alma apasionada y melancólica de Bellini, (es preciso confesarlo) nada nos hizo sentir, nada interesó al corazon.

Al salir del teatro oimos pronunciar á algunas personas los nombres de Bruscoli y Raimondi. Nosotros nada queremos decir sobre esto, pues aborrecemos las comparaciones tanto por el carácter de odiosidad que llevan en sí, como porque nada remedian y solo sirven para desalentar. Sin embargo aconsejaría á la empresa que en la eleccion de óperas prefiriérase de aqui en adelante no las mas bellas, sino las mas acomodadas á las voces que las han de desempeñar; pues sabido es que los actores tienen una parte y no pequeña en el buen ó mal éxito de una composicion. Decimos esto, por la especie que hemos oido estos dias de que se iba á poner en escena la *Semiramide*. Para bien de la empresa quisiéramos que esta noticia fuese falsa. La *Semiramide* es ópera que hemos oido aquí por la mejor compañía que ha venido á las Islas. Semíramis, Arsaces y Asur son los principales y casi podríamos decir los únicos papeles de la ópera. Los dos primeros están llenos de dificultades, y el último es demasiado bajo para que pudiera acomodarse á la voz del Sr. Gerli. Y no se ofenda dicho Señor de nuestra franqueza, pues es bien seguro que solo la dicta el interes que nos inspira. Al público puede serle indiferente ir ó dejar de ir al teatro; pero á la empresa no. El Sr. Gerli, segun tenemos entendido, ha compuesto otra ópera ademas de *Il sogno Punitore*. Visto el justo y merecidísimo aplauso que esta última ha obtenido, ¿por qué no nos hace oir cuanto ántes su nueva produccion?

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.